

# LA PARED

MARLEN HAUSHOFER

TRADUCCIÓN DE CLAUDIA TODA CASTÁN



VOLCANO

Título original: «DIE WAND».

Copyright © Ullstein Buchverlage GmbH, Berlín. Publicado en 2016 por Ullstein Taschenbuch Verlag. Publicado por primera vez en 1968 por Claassen Verlag.

© de la presente edición: PÁPEL K Editorial S.L.

© de la traducción: Claudia Toda Castán, 2020.

© Fotografía de cubierta: IvaFoto

Primera edición en VOLCANO Libros: marzo 2020.

La traducción del libro ha sido posible gracias a la ayuda recibida de la Cancillería Federal de Austria.

VOLCANO Libros

Ávila, 1- 1ªA. 28231 Las Rozas, Madrid (España).

[www.volcanolibros.com](http://www.volcanolibros.com)

Diseño de colección: Javier García.

Diseño gráfico y maquetación: Pedro Viejo.

Materias IBIC: FA

ISBN: 978-84-949934-6-6

Depósito Legal: M-2592-2020

Impreso en Kadmos. Salamanca (España).

La traducción se rige por el contrato tipo de ACE Traductores.

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato.

Este libro ha sido impreso en papel Natural de J. Vilaseca, un papel neutro de noventa gramos, sin colorantes y respetuoso con el medioambiente. El texto principal ha sido compaginado con la tipografía Adobe Caslon Pro en cuerpo 12.



*Para mis padres.*

HOY, 5 DE NOVIEMBRE, EMPIEZO MI INFORME. Voy a reseñarlo todo lo mejor que pueda. Aunque ni siquiera sé si hoy es de verdad 5 de noviembre. A lo largo del pasado invierno perdí algunos días. Tampoco sabría decir el día de la semana, pero no creo que sea muy importante. Dependo de unas pocas notas; son pocas porque no contaba con escribir este informe, y ahora temo que en mi memoria muchas cosas resulten distintas de como realmente las viví.

Este defecto quizá sea propio de todos los informes. No escribo por el placer de la escritura; tal como son las cosas, tengo que hacerlo si no quiero perder la razón. No hay nadie que pueda pensar por mí, ocuparse de mí. Estoy totalmente sola y debo intentar sobrevivir a los meses largos y oscuros del invierno. No cuento con que nadie encuentre nunca estos apuntes. En este momento, ni siquiera sé si quiero. Quizá lo sepa cuando el informe esté terminado.

Me he impuesto esta tarea para que me proteja de quedarme mirando el crepúsculo, sintiendo miedo. Porque tengo miedo. El horror se acerca reptando desde todas direcciones y no quiero esperar a que me alcance y me derribe. Escribiré hasta que anochezca y este trabajo nuevo y desconocido me cansará y vaciará la cabeza, la adormecerá. No temo a la mañana, solo a las largas tardes de penumbra.

No sé exactamente qué hora es. Quizá sobre las tres de la tarde. He perdido el reloj, aunque tampoco me servía

de mucha ayuda. Era un minúsculo relojito de oro, más bien un juguete caro, que nunca marcaba bien la hora. Tengo un bolígrafo y tres lápices. El bolígrafo está casi vacío y no me gusta escribir a lápiz. Las palabras no se marcan bien en el papel. Los suaves trazos grises se pierden en el fondo amarillado. Pero no tengo elección. Escribo en el dorso de viejos almanaques y en papel de oficina amarillento. El papel de cartas procede de Hugo Rüttlinger, gran acumulador e hipocondríaco.

En realidad, debería empezar este informe con él porque, de no ser por su afán acumulador y por su hipocondría, hoy no estaría aquí sentada; seguramente ni siquiera estaría viva. Hugo era el marido de mi prima Luise y un hombre muy adinerado. Su riqueza provenía de una fábrica de calderas. Eran unas calderas muy especiales que solo fabricaba él. Por desgracia, aunque me lo explicaron muchas veces, he olvidado qué las hacía tan únicas. Pero ahora no tiene importancia. En cualquier caso, Hugo tenía tanto dinero que necesitaba adquirir algo extraordinario. Así que se compró un coto de caza. Igualmente podrían haber sido caballos de carreras, o un yate. Pero los caballos le daban miedo y se mareaba en cuanto pisaba un barco.

Lo cierto es que mantenía el coto solo por las apariencias. Era mal tirador y le repugnaba matar corzos inocentes. Invitaba a sus socios y estos, en compañía de Luise y el guarda, se ocupaban de cobrar las presas autorizadas mientras él, con las manos cruzadas sobre la barriga, dormitaba en una tumbona ante la casa. Estaba siempre tan abrumado y rendido que daba cabezadas nada más sentarse: un hombre gigantesco y gordo, atormentado por miedos oscuros y sobrepasado en todos los sentidos.

A mí me caía bien y compartía su amor por el bosque y por los días tranquilos en aquella casa. No le molestaba tenerme por allí mientras él dormía en el sillón. Salía a darme paseos cortos y disfrutaba del silencio tras el ajeteo de la ciudad.

Luise era una cazadora apasionada, una persona sana y pelirroja que coqueteaba con cualquier hombre que se cruzara en su camino. Como odiaba las tareas domésticas le parecía muy oportuno que yo me ocupara un poco de Hugo, preparándole leche con chocolate y mezclando sus incontables medicamentos. Estaba enfermizamente preocupado por su salud, cosa incongruente porque su vida era un agobio continuo y su único placer un sueñecito al sol. Era muy quejica y, obviando su capacidad para los negocios (que debía presuponerle), miedoso como un niño pequeño. Sentía un gran amor por la perfección y el orden y siempre viajaba con dos cepillos de dientes. Poseía varias unidades de cada objeto de uso cotidiano; parecía darle seguridad. Por lo demás, era un hombre muy culto, discreto y un mal jugador de cartas.

No recuerdo haber mantenido con él ninguna conversación de trascendencia. A veces realizaba intentos en ese sentido pero los abandonaba enseguida, quizá por timidez o simplemente porque le resultaba demasiado cansado. Eso me parecía muy bien, porque solo nos habría hecho sentir incómodos.

En aquella época se hablaba sin parar de la guerra atómica y sus consecuencias, y eso lo empujó a almacenar una provisión de alimentos y objetos importantes en la casa del coto. Luise, que encontraba absurda la idea, se enfadaba y temía que se corriera la voz y atrajera a los ladrones. Seguramente tenía razón, pero en cosas así Hugo demostraba una terquedad imposible de vencer. Sufrió molestias cardíacas y retortijones hasta que Luise abandonó sus reticencias. En el fondo, a ella le daba absolutamente igual.

El 30 de abril los Rüttlinger me invitaron a acompañarlos al coto. Yo entonces llevaba dos años viuda, mis dos hijas eran casi adultas y podía organizarme el tiempo como quisiera. Aunque hacía poco uso de mi libertad. Siempre fui de naturaleza sedentaria y donde mejor me encontraba era en casa. Sin embargo, las invitaciones de Luise las rechazaba en

pocas ocasiones. Me encantaban la casa y el bosque, y hacía de buen grado el viaje de tres horas en coche. También aquel 30 de abril acepté el ofrecimiento. Íbamos a quedarnos tres días, no habría ningún otro invitado.

La casa del coto es en realidad una enorme cabaña de madera de dos plantas, hecha de troncos gigantescos, y aún hoy en buen estado. En la planta baja hay una gran cocina rústica<sup>1</sup> que al lado tiene un dormitorio y una despensa. En el piso de arriba, rodeado por una galería exterior corrida, hay tres habitaciones pequeñas para invitados. En una de ellas, la más reducida, es donde me quedaba yo en aquel entonces. A unos cincuenta pasos, en una pendiente que baja hacia el arroyo, se levanta la casita de troncos para el guarda, poco más que una cabaña de una sola estancia y, junto a ella, al borde del camino, hay un garaje de tablones que Hugo mandó construir.

De manera que hicimos las tres horas de viaje y paramos en el pueblo para recoger al perro en casa del guarda. El animal, un sabueso bávaro de montaña, se llamaba Lince y, aunque pertenecía a Hugo, lo había criado y adiestrado aquel hombre. Curiosamente, había conseguido que reconociera a Hugo como su amo. A Luise, sin embargo, no le prestaba atención, no la obedecía y procuraba apartarse de su camino. Aunque a mí me trataba con indiferencia amistosa, le gustaba quedarse a mi alrededor. Era un bonito animal de pelaje oscuro castaño rojizo, y un perro de caza excepcional. Charlamos un rato con el guarda y acordaron que al atardecer siguiente saldría a recechar con Luise. Esta tenía la intención de abatir un corzo macho; la veda terminaba justamente el 1 de mayo. La conversación se alargó,

1 Estancia tradicional que constituye el centro de la casa, donde se cocina y se hace vida porque es la única con medios para calentarla. Suele contar con una gran mesa habitualmente dotada de un banco esquinero, como en el caso presente (*N. de la T.*).

como suele pasar en la montaña, pero incluso Luise, que siempre se ponía de los nervios, contuvo su impaciencia para no molestar al hombre, del que no podía prescindir.

Para cuando llegamos a la casa eran cerca de las tres. Hugo empezó enseguida a sacar las nuevas provisiones del maletero y a llevarlas a la despensa junto a la cocina. Yo preparé café en el infiernillo de alcohol y, tras el tentempié, justo cuando Hugo empezaba a dar cabezadas, Luise le propuso que la acompañara otra vez al pueblo. Aquello fue de una maldad absoluta. Sin embargo, procedió muy hábilmente, insistiendo en que el movimiento era indispensable para su salud. Hacia las cuatro y media lo había convencido y partió triunfante con él. Yo sabía que acabarían en la posada del pueblo. A Luise le encantaba rodearse de leñadores y campesinos jóvenes, y nunca se le ocurrió pensar que aquellos granujas pudieran reírse de ella a sus espaldas.

Recogí la mesa y colgué la ropa en el armario; cuando terminé, me senté al sol en el banco de fuera. Era un día bonito y templado y, según el pronóstico, seguiría despejado. El sol ya caía en diagonal sobre los abetos y pronto se ocultaría. La casa se encuentra en una pequeña hondonada al final de una garganta, rodeada de montañas escarpadas.

Mientras estaba allí sentada, sintiendo en la cara el último calor del día, vi regresar a Lince. Seguramente había desobedecido a Luise y ella lo había castigado mandándolo de vuelta. Se notaba que lo había regañado. Se acercó, me miró afligido y apoyó la cabeza en mi regazo. Nos quedamos un rato así. Lo acaricié y le hablé para consolarlo, porque sabía que Luise lo trataba muy mal.

Cuando el sol desapareció tras los abetos empezó a refrescar y las sombras azuladas cayeron sobre el claro. Entré con Lince en casa, encendí la cocina de leña y me puse a preparar una especie de guiso de arroz con carne. No era una obligación pero yo misma tenía hambre y sabía que a Hugo le gustaba cenar un buen plato caliente.

A las siete mis anfitriones aún no habían regresado. Casi no les habría dado tiempo, en realidad no contaba con que volvieran antes de las ocho y media. Así que di de comer al perro, tomé una ración del guiso y finalmente, a la luz de la lámpara de queroseno, me leí los periódicos que Hugo había traído. Con el calorcito y el silencio me entró sueño. Lince se había metido en el hueco bajo el fogón y roncaba bajito, plácidamente. A las nueve decidí acostarme. Cerré con llave y me la llevé a la habitación. Estaba tan cansada que, a pesar del edredón húmedo y frío, me dormí en el acto.

Me despertó el sol que me daba en la cara y enseguida recordé la noche anterior. Puesto que solo disponíamos de una llave, la otra la tenía el guarda, Luise y Hugo tendrían que haberme llamado al regresar. En bata, corrí escaleras abajo y abrí la puerta principal. Lince me recibió gimiendo de impaciencia y salió disparado al exterior. Fui al dormitorio, aunque ya estaba segura de que allí no habría nadie; la ventana tenía rejas y, aunque no las tuviera, Hugo habría sido incapaz de entrar por allí. Por supuesto, las camas estaban sin tocar.

Eran las ocho; debían de haberse quedado en el pueblo. Me extrañó mucho. Hugo detestaba las camas pequeñas de las posadas y jamás habría tenido la desconsideración de dejarme sola toda la noche en la casa. No me explicaba qué podía haber pasado. Subí de nuevo a mi habitación y me vestí. Todavía hacía fresco y el rocío brillaba en el Mercedes de Hugo. Preparé té, me calenté un poco y después salí camino del pueblo con Lince.

Apenas notaba el frío y la humedad al recorrer la garganta porque no paraba de preguntarme qué habría sido de los Rüttlinger. Quizá Hugo había sufrido un ataque al corazón. Como ocurre a menudo con los hipocóndricos, no nos tomábamos en serio sus achaques. Reduje la marcha y mandé a Lince por delante. Se alejó ladrando de alegría. No se me había ocurrido ponerme las botas de montaña, así que lo seguí trastabillando torpemente por la picuda grava.

Cuando por fin alcanzaba la salida de la garganta lo oí gañir de miedo y de dolor. Rodeé una pila de leña que me tapaba la visión y allí estaba Lince, aullando. Del morro le goteaba baba enrojada. Me incliné y lo acaricié. Temblando y gimoteando se apretó contra mí. Seguramente se había mordido la lengua o se había golpeado un diente. Cuando lo animé a seguirme metió el rabo entre las piernas, me bloqueó el paso y opuso resistencia con el cuerpo.

No entendía qué le daba tanto miedo. En aquel punto, el camino salía de la garganta y, hasta donde mi vista alcanzaba, se encontraba vacío y tranquilo bajo el sol de la mañana. Irritada, lo aparté a un lado para continuar sola. Por suerte, debido a eso caminaba más despacio; porque, tras unos pocos pasos, me golpeé la frente con tanta fuerza que me tambaleé hacia atrás.

Al momento Lince empezó a gemir otra vez y se apretó contra mis piernas. Aturdida, alargué la mano y encontré algo liso y frío: una resistencia lisa y fría en un sitio donde no podía haber más que aire. Vacilante, lo intenté de nuevo, y otra vez mi mano chocó como contra el cristal de una ventana. Entonces escuché fuertes golpes y miré a mi alrededor antes de comprender que eran los latidos del corazón resonando en mis oídos. Mi corazón se había asustado antes que yo.

Me senté en un tronco al borde del camino e intenté reflexionar. No lo conseguí. Era como si los pensamientos me hubieran abandonado de repente. Lince se arrimó y la baba sanguinolenta me goteó en el abrigo. Lo acaricié hasta que se tranquilizó. Y después nos quedamos mirando el camino, que seguía tranquilo y luminoso a la luz de la mañana.

Me levanté tres veces para convencerme de que allí, a tres metros de mí, realmente había algo invisible, liso y frío que me cortaba el paso. Pensé si sería una alucinación, pero sabía perfectamente que no era nada de eso. Me habría resultado más fácil asumir un ataque de locura que aquella terrorífica

cosa invisible. Pero allí estaban Lince, con el hocico ensangrentado, y el chichón, que empezaba a dolerme en la frente.

No sé cuánto tiempo me quedé sentada en el tronco pero recuerdo que mis pensamientos giraban sin parar en torno a cosas insignificantes, como si bajo ningún concepto quisieran centrarse en aquella experiencia inexplicable.

El sol subía y me calentaba la espalda. Lince se lamía y relamía, y finalmente dejó de sangrar. La herida no podía ser grave.

Comprendí que debía hacer algo, y ordené al perro que se quedara quieto. Después me acerqué con las manos extendidas y mucha precaución al obstáculo invisible y lo fui tanteando hasta llegar a la roca de la garganta. Por ahí no podía seguir. Cruzando el camino llegué al arroyo y solo entonces me di cuenta de que se remansaba un poco y se salía de las orillas. No llevaba mucha agua. Todo abril había sido seco y el deshielo ya había terminado. Al otro lado de la pared, me he acostumbrado a llamar pared a esa cosa, ya que ahí estaba, algún nombre debía darle; al otro lado, como decía, el cauce estaba casi seco durante un trecho, pero luego el agua volvía a correr en un regatillo. Aparentemente se abría camino a través de la permeable piedra caliza. Por lo tanto, la pared no podía hundirse mucho en el terreno. Me recorrió una fugaz sensación de alivio. No deseaba cruzar el arroyo remansado. Nada hacía suponer que la pared terminara de repente, de lo contrario Hugo y Luise habrían regresado sin problema.

De pronto caí en la cuenta de algo que, seguramente, me había estado atormentando de forma inconsciente: el camino estaba completamente vacío. Alguien tendría que haber dado la alarma hacía horas. Habría sido lo normal que los habitantes del pueblo se arremolinaran ante la pared. Y aunque ninguno la hubiera descubierto, Hugo y Luise tendrían que haberse topado con ella. Que no se viera ni un alma me pareció aún más incomprensible que la propia pared.